

# Sofía y el árbol de monedas

Cristian Torres



Image not found.

# Capítulo 1

## **SOFÍA Y EL ÁRBOL DE MONEDAS**

Por: C.J. Torres

Érase una vez una niña que tenía el pelo tan negro como el ébano, y los ojos tan cristalinos y puros como el lago que existía enfrente de su casa. Un día, miró en el calendario, que el cumpleaños de su mamá se acercaba, y que no tenía dinero para comprarle un bonito regalo, entonces, decidió que después de la escuela, iría al huerto detrás de su casa, y le pediría unos cuantos limones a su abuelito que los cosechaba. Y así fue, faltando un par de días para el cumpleaños de su mamá, Sofía fue a recoger los limones a la huerta que tenía su abuelito detrás de su casa, y fue a venderlos a la orilla de la carretera en compañía de su primito Juanchito. Pasaron varias horas, y Sofía y Juanchito no habían vendido el primer tomate, esto puso muy triste a Sofía, y Juanchito, decepcionado, se fue para su casa dejándola sola.

Sofía recogió sus limones y planeó devolvérselos a su abuelito, tal vez, él, en el mercado podría venderlos, y así por lo menos no se perderían. Ella ya vería la forma de ahorrar dinero para el regalo de su mamá. Y así fue, Sofía recogió los limones con las lágrimas a punto de salir, los sacó del canasto de mimbre en el que los estaba vendiendo, y los metió en un costal. Pero cuál sería su decepción, cuando vio sus limones rodar por todas partes hasta llegar a la carretera, porque el costal en que los iba tenía el fondo roto. Los limones quedaron aplastados cuando los autos les pasaron por encima, no quedó ni uno comestible. Sofía, rompió en llanto, sus ojos cristalinos se entristecieron, pero antes de que se fuera para su casa a explicarle a su abuelito lo sucedido, un hada madrina se le apareció. Era una señora regordeta de cabello largo color canela, vestía un traje blanco pomposo, y llevaba una varita mágica que la meneaba al son de un par de alitas que revoloteaban en su espaldas, parecidas a las de un colibrí.

—¿Por qué lloras mi niña de cabellos negros? — Le preguntó el hada madrina.

—Es que yo quería vender esos limones para ahorrar y así poder comprar el regalo de mi mami— respondió Sofía con los ojos humedecidos.

—Pero si todavía puedes recuperarlos, mira— le dijo la hada madrina mientras le señalaba los rastros que habían dejado los limones.

—Están destruidos, todo está perdido, nada se puede hacer.

—Al contrario mi niña de ojos cristalinos, a veces pensamos que cuando algo está destruido es imposible recuperarlo, y no somos capaces de ver las oportunidades que se esconden en las ruinas.

El hada tomó de la mano a Sofía, y la llevó donde estaban los restos de uno de los limones a la orilla de la carretera.

—Este limón que vez aquí, es cierto, ya no es mucho lo que puede ofrecer, sin embargo, dejó su huella.

—¿Huella?

—Sí, sus semillas, míralas— le dijo el hada invitándola a recoger las semillitas. —ahora ve y siébralas, riégales agua, y deja que les de la luz del sol, sospecho que mañana te llevarás una gran sorpresa. Eso sí, una vez logres tu objetivo, comparte las semillas del nuevo árbol con alguien que también necesite una ayudita.

Y así fue, Sofía sembró las semillas en el patio de su casa, y les regó agua a la luz del sol. A la mañana siguiente, Sofía se levantó entusiasmada a mirar lo que había pasado con las semillas que el día anterior había sembrado. Su sorpresa fue enorme al ver que un hermoso árbol de hojas corticas había nacido, y mejor aún, que en vez de frutas, que en vez de limones, de sus ramas colgaban monedas. ¡Sí! Monedas de distinto valor. Moneditas de un peso, de dos pesos y hasta de diez pesos.

Sofía agarró una vara con la que normalmente alcanzaba mangos para en vez de eso alcanzar todas las monedas que del árbol colgaban. Después de alcanzarlas todas, y sumar todas las monedas, Sofía notó que era la cantidad exacta que necesitaba para comprar el regalo que tanto quería para el cumpleaños de su mamá.

Y así fue, una vez recogió todas las monedas, como por arte de magia, el árbol de monedas se convirtió de nuevo en unas cuantas semillitas. Sofía las recogió, y las guardó en el bolsillo de pantalón. Se fue para la plaza, y en un almacén de ropa compró, un bonito vestido, que a su mamá días después obsequió. Y faltando poco para navidad, Sofía vio a una pobre mamá que no tenía con que darle de comer a sus tres hijos, entonces supo que ella debía ser la próxima persona que le diera vida al árbol de monedas. Sofía desde aquel día aprendió, a no llorar sobre las frutas destruidas, por el contrario, entendió que de las ruinas se pueden obtener segundas oportunidades. Sofía aprendió a ver la alegría que se esconde detrás de las dificultades.

FIN.